

La Ilustración Católica

SUMARIO.

TEXTO: Revista, por V. P. Nulema.—Viaje de recreo, por Marco Polo.—Reinaldo Baumstark, por D. Félix Sánchez y Casado.—Bibliografía, por D. Manuel Pérez Villamil.—Recuerdos de la Gran Cartuja.—Novela.—Miscelánea.—Anuncios.

GRABADOS: Celebridades católicas de Alemania: Reinaldo Baumstark, profundo y eruditísimo alman, dedicado á difundir en su patria la historia y literatura españolas.—Viaje de recreo.—Estaciones de verano.—El asilo de San Gotardo en los Alpes.—Viaje de recreo.—Estaciones balnearias.—Vista de Chantla en Suiza.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias.
Seis meses. 16 rs.
Un año. 60 »
Cuba y Puerto-Rico.
Tres meses. 2 1/2 ps.
Un año. 4 »

PRECIOS DE SUSCRICION.

Extranjero.
Seis meses. 11 fr.
Un año. 21 »
Filipinas y Méjico.
Seis meses. 3 1/2 ps.
Un año. 6 »

DIRECTOR: D. MANUEL PÉREZ VILLAMIL.

Madrid, 21 de Agosto de 1880.

ADMINISTRACION: ESTRELLA, 7, SEGUNDO IZQUIERDA.

Época 2.^a—Año IV.—Tomo IV.

NÚMERO 7.^o

Número suelto, real y medio.

REVISTA.

La política, que tanta animación presta á Madrid, se halla actualmente en la playa de San Sebastian, restaurando sus abatidas fuerzas en las salinas olas del Cantábrico. Por allí andan, ó mejor, por allí nadan los peces más gordos de la oposición, viendo de hacer naufragar la nave del Gobierno, que el Sr. Cánovas dirige con la superioridad de un Neptuno.

Entre tanto, Madrid, á pesar de tener aquí la Corte, sigue dormitando á la sombra de su histórico madroño, muy tranquilo y sosegado de tener lejos á los cazadores del presupuesto. Como el calor no aprieta y las noches son apacibles, el público, á quien vienen ahora anchos los paseos y plazas de la capital, disfruta de un bienestar relativo, pudiendo decir con el maestro Leon:

Y mientras miserable
Mente se están los otros abrasando
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo á la sombra esté cantando.

En efecto, invitados por el maestro Gonzalez, nuestro excelente amigo, tuvimos, hace pocas tardes, la complacencia de asistir, en un aula de San Isidro, á los ensayos de una sociedad coral de profesores de canto, que se propone dar conciertos en la próxima temporada de invierno.

Los profesores son más de sesenta, de los cuales treinta lo menos pertenecieron al Teatro Real, del que se han apartado este año por desavenencias con la empresa. Cantaron por complacernos una canción española del siglo XVI, admirable; otra de género descriptivo de Giner, originalísima, y algunas otras muy bellas, cuyo nombre no recordamos, de maestros extranjeros.

El efecto del coro es bellísimo, á pesar de carecer el local de la amplitud conveniente. La voz humana, en sus diferentes registros, es el mejor instrumento músico que existe; y cuando el conjunto de buenas voces está artísticamente dirigido, el resultado toca en las

más altas regiones del arte lírico. Nosotros hemos oído en Italia sociedades corales como la que se trata de crear en Madrid, y sabemos, por experiencia, los encantos de su música y la grandiosa majestad de sus efectos.

La música que ha de ejecutar esta sociedad será toda clásica; pues en esto, y en la perfecta ejecución de sus coros, ha de de estribar su mérito y su carácter. Creemos que tendrá éxito, y que no sólo

en conciertos públicos, sino en casas particulares, á semejanza de lo que sucede en Alemania, la sociedad coral de profesores de Madrid merecerá el aplauso sincero y entusiasta de los amantes del arte.

Es doctrina corriente, que la música hasta á las fieras domestica; y, sin embargo, al compás de una banda de música, hace pocas tardes que cayó muerto de las astas de un toro en la plaza de Madrid un joven torero. Ó la afición que el público muestra á los conciertos de música no es verdadera, ó la música no ejerce la acción civilizadora que se supone. Nosotros nos inclinamos á lo primero.

Las corridas de toros, cuyas desgracias se multiplican cada año, lejos de decaer, prosperan. El telégrafo, sí, señores, el telégrafo nos comunica diariamente el resultado de las que se celebran en provincias, como si se tratase de un suceso importante.

Lagartijo, el Gordito, el Curro, etc., no se dan abasto en lidiar toros desde el Cabo de Gata hasta el de Finisterre, desde Cádiz y Málaga hasta San Sebastian y Vitoria. Cuatro plazas nuevas se han inaugurado este año, y en estos momentos, la capital de Álava se prepara á la inauguración de la quinta, en la que se trabaja de día y noche para terminarla ántes de Setiembre. Á pesar de no estar concluida, ya están vendidas y revendidas todas las localidades.

Pero aún hay más; se están haciendo ensayos de luz eléctrica para celebrar corridas de noche, porque sin duda no bastan las horas del día para este fiero espectáculo.

En la corrida de novillos, en que acababa de morir Nicolás Fuertes de una cornada que le partió el corazón, segun dicen los cronistas, despues de la desgracia, nadie se movió de su asiento, y la función continuó como si tal cosa, entre aplausos y silbidos del público. Con ésta son cinco ó seis las víctimas inmoladas en diversion del público sobre la arena de la nueva plaza.

¡Y dicen que nos vamos civilizando! Ya se conoce.

Nuestra maestra de progreso, la na-

CELEBRIDADES CATÓLICAS DE ALEMANIA.



REINALDO BAUMSTARK,

profundo y eruditísimo escritor alemán, dedicado á difundir en su patria la historia y literatura españolas.

cion vecina, prosigue sus conquistas. Los periódicos de París hablan mucho estos días de los propósitos del municipio de prohibir las obras de la basílica de Montmartre, interin Clemenceau, en nombre de los diputados del Sena, obtiene de la Cámara la anulación del Voto Nacional.

Sobre los cimientos de la iglesia se levantará un gimnasio. ¿Puede darse mayor insensatez, más ciego y desatinado fanatismo?

Después de los desastres de la guerra contra Prusia; después de los crímenes de la *Commune*, la Asamblea de Versalles, consternada bajo el azote de expiaciones tan terribles, levantó los ojos al cielo pidiendo misericordia, y como Noé después del diluvio, acordó edificar un templo al Señor en la más alta región de París, que fuese iris de paz colocado

entre las iras del cielo
y los pecados del mundo.

La revolución, que hoy se enseñoorea de Francia, ha juzgado conveniente romper esa alianza con Dios, para que, provocando de nuevo su justa ira, vuelvan sobre París y sobre Francia las tempestades del infierno, hasta anegar en lágrimas y sangre la patria de San Luis y de Carlomagno.

El día 31 del corriente termina el plazo concedido para la expulsión de todos los religiosos, cuya ciencia y virtudes estorban el desarrollo de las instituciones republicanas. Francia va despojándose de sus antiguas joyas, de sus nobles blasones y de sus timbres de gloria para entregarse harapienta y desangrada á la voracidad de la demagogia.

Estamos en vísperas de una gran tragedia que ha de horrorizar á Europa.

Á los ilustres y venerables proscritos, ábreseles en todas partes los brazos, lo mismo en la Inglaterra protestante que en la Turquía mahometana.

El *Osmanli*, periódico turco, ha dicho de los jesuitas estas palabras, que deben consignarse para humillación y vergüenza de sus perseguidores:

«Los recibimos con placer. Aunque nuestra reputación de perseguidores sea antigua, se sabe que los perseguidos han venido siempre á Turquía en busca de seguro asilo. Y si nuestra ignorancia es crasa, como no deja de repetirse, los jesuitas nos instruirán. Aprovechemos las migajas que caen de la mesa de los pueblos ilustrados y libres. En el banquete del progreso, esos pueblos lo consumen todo, y nosotros nada: contentémonos con sus sobras.»

¡Notables palabras que valen por muchos discursos! Estamos seguros de que las recogerá la historia.

Entre las Comunidades francesas expulsadas que desean venir á España, se cuenta la de los Padres Premostratenses, establecidos junto á Avignon. Sabemos que varios prelados españoles les han ofrecido generosa hospitalidad, porque ciertamente la insigne Orden que en el siglo XII fundó San Norberto «para el ejercicio del culto y de la caridad», tiene en España gloriosos recuerdos sepultados bajo ruinas monumentales. Vengan en buen hora los ilustres hijos de San Norberto, que en la patria de Santo Domingo y Santa Teresa no han de faltarles, ni hogar que les abra sus puertas, ni almas generosas que los reciban como á hermanos.

La solemne majestad de su culto y sus predicaciones serán fecundas en esta tierra de España, donde hay, por desgracia, mucha indiferencia que combatir y muchos errores que desarraigar. Además, la agricultura y la industria recibirán de su inteligente concurso valiosos beneficios, que sabrán estimar y agradecer nuestros pueblos.

Aprovechémonos, no ya de las migajas que caen de la mesa de los pueblos ilustrados y libres, como irónicamente dicen los turcos, sino de las hermosas y fragantes flores que la impiedad arroja de su casa, para engalanar la nuestra con galas celestiales.

Cuadro de *Género*.

Un periódico hostil á la Iglesia, enemigo irreconciliable de las Órdenes monásticas, agresor constante de los tiempos antiguos, y muy partidario del «progreso y de la civilización moderna», ha comenzado á publicar unos «estudios de malas costumbres» (así los llama), que comienzan por «Los ladrones» y Dios sabe dónde acabarán, según el brío con que comienzan. Hé aquí algunos rasgos magistrales del primer cuadro que exhibe en su galería:

«La inmoralidad va siendo un mal que aquí care-

ce de importancia en fuerza de repetirse; hemos llegado á unos tiempos en que todo lo referente á fraudes, dilapidaciones y desfalcos se cuenta y comenta con una sencillez encantadora. Nadie se indigna por semejantes cosas; el ladrón está en camino de ser un caballero admitido en toda buena sociedad, sin escrúpulo de conciencia y sin el más leve miramiento.

«De tal modo parece haberse infiltrado en la sociedad el mal, que las gentes empiezan á acostumbrarse á la epidemia, sin que les cause sensación alguna el contacto con los apestados. Estamos en pleno período de inmoralidad á lo ancho, á lo largo y á lo profundo; estamos en el mejor camino que puede seguir un pueblo para llegar á su disolución completa.

«Negocio era antes una palabra de significación honrada; hoy envuelve una serie de manejos nada limpios, que tienen por único objeto el enriquecimiento de un individuo con perjuicio de los demás.

«Negocio es hoy lo mismo que fraude.

«Hacer negocios significa, en la mayoría de los casos, robar, digámoslo con entera franqueza.

«La irregularidad es un fruto contemporáneo que se reproduce con facilidad maravillosa.

«La irregularidad es la palabra que se ha inventado por cierto hipócrita pudor para no herir los oídos de los defraudadores con la palabra robo, nota desafiada, como diría el personaje de la comedia *Consuelo*, que desgarró los delicados tímpanos de las gentes poco honradas.

«No se puede presenciar semejante espectáculo sin que la indignación se apodere del ánimo; falta paciencia para leer la serie de desfalcos que anuncian los periódicos todos los días, sin que se pueda aprehender á los autores, aunque todo el mundo los vea por Madrid paseando en coche con el mayor sosiego y tranquilidad.»

El cuadro es exacto, pero le faltan algunos toques. Antes de que se hubiese inventado la palabra *irregularidad*, para significar la infracción del 7.º Mandamiento de la Ley de Dios, existían otras que aún hoy sonarán bien en los oídos del diario aludido; por ejemplo, la palabra *desamortización*.

Pero si las *irregularidades* le parecen tan mal á ese periódico, ¿por qué se declara enemigo de los *regulares*?

V. P. NULEMA.

VIAJE DE RECREO.

Todo el mundo está de viaje. Las costumbres modernas, tan diferentes de las antiguas, han hecho de los viajes un artículo de primera necesidad. Los sabios de Grecia, como Herodoto, Solon, Aristóteles, etc., viajaban en busca de la verdad, que se recataba de sus ojos gentiles; los caballeros de la Edad Media, tan valientes y arriesgados, viajaban en busca de aventuras donde probar la fuerza de su brazo y la entereza de su corazón; los misioneros cristianos viajan y han viajado siempre por los países más inexplorados para difundir la luz de la fe y conquistar almas para Jesucristo.

Los viajes son una de las principales fuentes de la historia, porque desde el día en que nuestros primeros padres fueron arrojados del Paraíso terrenal, la humanidad, arrastrada por el continuo malestar de sus luchas interiores, no ha cesado de ir y venir de un punto á otro, buscando la satisfacción de sus aspiraciones infinitas.

Y cosa notable: las épocas de mayor perturbación social, cuando los pueblos se han visto agitados por el vértigo de los grandes infortunios, y arrastrados al abismo de los crímenes y desórdenes más espantosos, es cuando más se ha desarrollado el instinto de los viajes.

La historia está llena de ejemplos. Bajo el reinado de Herodes viajaban por el Desierto los hebreos; bajo el cetro de Augústulo viajaban por Europa los bárbaros; en los días más azarosos de la Edad Media estallaron las Cruzadas; «cuando dejé la Francia,—dice Chateaubriand, uno de los más ilustres viajeros de este siglo,—caminaba ya la revolución á pasos de gigante. En aquella época iba en aumento la emigración, etc.»; y cuando los telégrafos y ferro-carriles han facilitado los viajes, hasta el punto de convertirlos en artículo de recreo, la revolución se cierne so-

bre Europa, como nube preñada de rayos y centellas.

Y aquí acaba la introducción. Entremos en materia, ó mejor dicho, emprendamos el viaje.

Autorizado por el Director de LA ILUSTRACION CATOLICA, tengo el gusto de invitar á sus lectores á recorrer conmigo los puntos más frecuentados este verano por los viajeros de Europa; esto es, lo que se llaman *estaciones de verano*, ó sea los puntos en que se dan cita los más elegantes viajeros para amenizar los largos días del estío.

El viaje será cómodo; tan cómodo, que cada cual puede hacerlo en la silla en que le sorprenda este reclamo; y tan barato, que el precio está incluido en la suscripción del periódico, aunque no exceda de tres meses.

Y no vayan Vds. á creer que les voy á llevar á Pinto ó Valdemoro, y que pasarán como ráfagas de viento ante sus ojos las *estaciones* de verano; nada de eso; los llevaré á Vds. á Suiza, á Alemania, á Italia; permanecerán en estos puntos el tiempo que quieran, y harán las travesías por semanas. Y sobre la comodidad, sobre la baratura, sobre la belleza de las estaciones y la perfecta regularidad de las marchas, tendrán los viajeros de LA ILUSTRACION una ventaja inmensa, que sólo pueden apreciar bien los que han viajado mucho. Aunque quieran, no podrán gastar dinero en las mil chucherías y caprichos con que convidan al viajero las diferentes ciudades de Europa. La bolsa estará asegurada contra los asaltos de la novedad y la seducción de los recuerdos.

Antes de fijar los puntos de nuestro itinerario, hemos consultado los periódicos extranjeros para no errar el golpe. Por ellos sabemos que las estaciones más frecuentadas este año son *San Gotardo*, cima gigantesca de los Alpes, bajo la cual se ha abierto el túnel colosal que debe unir la Suiza con la Italia; *Antives*, una de las sirenas del Mediterráneo, frente á Niza; *Chancelaz*, estación balnearia concurridísima, cerca de Neufchatel, famosa por sus incomparables aguas de hierro; *Ems*, baños predilectos del emperador de Alemania, en el ducado de Nassau, y en Italia *Tiboli*, célebre por sus bellas cascadas y sus recuerdos clásicos. Al visitar estos puntos, tocaremos como de paso algunos otros sitios dignos de admirarse, procurando dar al viaje la mayor amenidad posible. Con estas indicaciones, creemos que nuestros lectores tomarán con gusto el viaje que va á proporcionarles el gusto de ver los sitios en que este año se recrea la alta sociedad europea, sin correr ningún riesgo, sin hacer ningún gasto, en tren rápido y en buena compañía.

Cierran ahora nuestros lectores los ojos, abran el periódico, y miren: estamos en *San Gotardo*. El primer salto nos ha puesto en un abrir y cerrar de ojos en la cima de los Alpes.

En sentido lato se designa con el nombre de San Gotardo el conjunto de montañas comprendido entre las riberas del Ródano, del Tesino y del Rhin. Esta cordillera, de forma romboidal, encierra diez y siete valles, ocho depósitos seculares de nieves y treinta lagos. Pero en sentido estricto se denomina con este nombre la parte de esta cordillera comprendida entre Hospital y Afírolo, que es el punto á que se refiere nuestro grabado, esto es, el punto á que nos dirigimos para respirar los frescos aires de los Alpes. Hémos aquí ya á las puertas del famoso Asilo, situado á 2,238 metros sobre el nivel del mar. Convengamos en que la ascension no ha sido muy penosa. ¿Ven ustedes esa casita modesta que refleja sus muros en el tranquilo lago? Pues ahí la caridad cristiana ha establecido uno de sus sitios de placer, uno de sus tronos, cuya cima toca en los cielos.

Á principios del siglo XIV existía ya un hospicio en la falda de la montaña, donde recibían generosa hospitalidad los comerciantes y peregrinos que pasaban de Suiza á Italia y viceversa. Pero hacia el año de 1374 hubo de erigirse en lo más crudo de la montaña otro hospital y una iglesia para socorrer á los viajeros en el sitio más peligroso y aventurado. Monjes humildes, cuyos nombres no han pasado á la historia, consagrabanse durante la estación más rigurosa del año á proteger á los pobres caminantes, amenazados á cada paso de sucumbir en los precipicios de las enriscadas montañas.

Sabemos que en 1431 se estableció en este Asilo el canónigo Ferrario, con el encargo de recibir y acompañar á los obispos italianos que acudieran al concilio.

lio de Basilea, lo que prueba el uso frecuente que se hacía de este penoso y áspero camino durante la Edad Media. Los abades de Disentis, comprendiendo los beneficios que reportaba el Asilo, concedieron á los habitantes de Airolo cuantiosas mercedes para obligarles á cuidar de los monjes y viajeros que residiesen en aquella inclemente morada. En 1683, el cardenal Viscoutti confió el Asilo á los Padres Capuchinos, los cuales acrecentaron con sus indecibles sacrificios la serie de buenas obras hechas en aquel lugar por una dinastía de Santos.

En 1775 una avalancha formidable arrastró el Asilo, reduciendo á escombros todo lo construido en el transcurso de los siglos; pero los monjes volvieron á levantar con sus manos aquellas piedras venerables, para seguir dispensando á los viajeros los beneficios de la hospitalidad.

Nueva avalancha lo echó al suelo; pero esta avalancha fué más terrible y deplorable que la anterior. Los ejércitos de la república francesa lo demolieron, porque aquella obra de caridad de los frailes no decía bien con las nuevas ideas emancipadoras del hombre.

Á principios del siglo actual fué restaurado, pero en proporciones muy modestas. Sin embargo, pasan de 4.000 los caminantes que reciben anualmente hospitalidad en sus celdas, si bien han disminuido los recursos de la caridad. El Asilo está á punto de quedar inútil, por la construcción del gran túnel que ha de salvar la inmensa cordillera, y cuya perforación se practicó el 29 de Febrero último, á 7,744 metros de la boca Norte, y á 7,167 de la Sur, arrojando por longitud total del subterráneo 14,912 metros.

Este túnel corre por debajo de la montaña que representa el grabado, y servirá de fácil y rápida comunicación entre Suiza é Italia. Débese en gran parte esta obra colosal al genio emprendedor de Luis Fabre, cuya biografía vamos á extractar aquí, porque es digna de recordarse.

Hijo de un carpintero de Chene, pequeño lugar del canton de Ginebra, Fabre dejó su país á la edad de diez y siete años, la mochila al hombro, con algunos escudos en el bolsillo, para dar, como simple oficial, una vuelta por Francia. Se cuenta que llegado á Leon supo resolver del modo más sencillo un problema práctico, cuya solución no podían encontrar los ingenieros sino por medio de gastos enormes. El éxito que alcanzó al encargarse de ese trabajo, fué la base de su brillante carrera. Á contar desde este momento, estuvo sucesivamente encargado de trabajos cada vez más importantes, relacionados con la construcción de ferro-carriles. No habiendo hecho estudios especiales, puesto que no había asistido más que á la escuela primaria, los conocimientos científicos, propiamente dichos, faltaban á Fabre; pero los suplía por un admirable golpe de vista práctico, un maravilloso talento de organización y una indomable energía para sobreponerse á todo con el fin de llegar á su objeto. Cuando le parecía conveniente, Fabre sabía acudir á ingenieros de profesión; pero más de una vez éstos se vieron obligados á inclinarse ante su dictamen, inspirado tan sólo por una larga experiencia, y por último, reconocer que el contratista tenía razón. Fabre no era solamente un buen contratista; era, y esto yale aún más, un hombre excelente, bueno, servicial, generoso y de una probidad á toda prueba. Algunas palabras suyas, recordadas sobre su tumba por el abogado Rambert, su amigo, y desde algunos años su consejero jurídico, completan el retrato de su noble carácter. «Hace muy pocos días,—dijo M. Rambert,—viajábamos en el ferro-carril. Fabre se puso, contra su costumbre, á filosofar, y, con un tono de dulce suavidad, con toda la sencillez de su alma, me dijo: «He trabajado toda mi vida para lograr alguna fama y alguna riqueza, y me he convencido que la riqueza y la fama no valen la pena ni de vivir, ni de trabajar. Una sola cosa me queda: la ambición de poder hacer gozar de mis riquezas á los que me rodean, á mis amigos y á los que son menos fuertes y menos felices.»

Fabre, habiendo, en pocos años, ganado una fortuna considerable, había comprado una hermosa finca en los alrededores de Génova, con la intención de vivir en ella. Pero tenía la pasión de su trabajo, y no pudo resistir al deseo de encargarse de la perforación del gran túnel de San Gotardo, para su desgracia y su gloria. Para su desgracia; porque desde el día en que Fabre empezó, cada hora de su vida no fué sino sinsabores é inquietudes, ocasionados, no por la importancia y magnitud de la empresa y de la dificultad

de organizar los trabajos, sino por la mala voluntad y la envidia de los administradores de una compañía en quiebra, y que no quería que él, Fabre, saliese adelante. Para su gloria, porque, habiendo vencido todos los obstáculos, Fabre estaba ya seguro de ver su túnel concluido para la época fija que había señalado en 1872. Durante esos siete años de luchas y de discursos, sus cabellos habían encanecido, se había encorvado, su andar se había hecho pesado, pero nunca se había abatido ni desesperado. Desde nuevos arreglos con la Compañía, había recobrado su ánimo y se ocupaba en el encargo de la perforación del Simplon, tan pronto hubiese terminado, para recuperar el dinero que con seguridad iba á perder en la actual empresa. Dos días antes de su muerte, Fabre estaba en Génova, entretenía á los amigos con sus nuevos proyectos, y se separaba de ellos lleno de confianza en su estrella, para ir á Goeschenen, cuando al acompañar en el interior del túnel á un ingeniero francés, cayó á los pies como herido de un rayo, á 2.800 metros de la boca. Los operarios del túnel, muy conmovidos, al saber la muerte de su jefe, que querían y estimaban á la vez, hubiesen querido darle por sepultura el vasto subterráneo; pero habiendo Fabre manifestado muchas veces el deseo de ser sepultado en el cementerio de su pueblo natal, tuvieron que desistir de ello. El ataúd, coronado de rosas de los Alpes, dejó las alturas de San Gotardo, acompañado de varios millares de personas, para bajar al valle. Pero el nombre de Fabre quedará para siempre unido al túnel, que es ciertamente una de las empresas más colosales de nuestra época, sin embargo, tan fértil en maravillas industriales.

Descendamos ahora de la cima de San Gotardo para visitar en Suiza la deliciosa estación balnearia de Chancelaz, una de las más concurridas de Europa, por la virtud maravillosa de sus aguas de hierro.

Chancelaz es un establecimiento de baños junto á Neufchatel, capital del canton del mismo nombre, á orillas de este lago, uno de los más pintorescos de Suiza. El lago de Neufchatel baña los cantones de Vaud al O., Friburgo al E. y Berna al N. E. Tiene de longitud 40 kilómetros de N. á S., y 16 en su mayor anchura. Es abundante en pesca, y sus márgenes muy frondosos y amenos.

Chancelaz ocupa uno de los sitios más bellos de Suiza, y la mano del hombre ha contribuido á realzar sus grandes atractivos. Las numerosas familias de toda Europa que acuden á disfrutar de sus aires y de sus aguas, reparten el tiempo entre ascensiones á las vecinas montañas y excursiones por el lago. Desde las montañas se divisan extensas comarcas de los Alpes, abundantísimas en valles pintorescos, y sobre todo, las cimas de Pilato y Rosa, como los cubos ó torreonnes de una muralla de gigantes. En cuanto á las excursiones por el lago, son continuas de día y de noche, amenizándolas con músicas y bengalas, que convierten aquel sitio en un eden de los cuentos orientales. Por último, la virtud de las aguas es efícamísima; pues están saturadas de sales de hierro, y son muy abundantes. Nuestros lectores pueden contemplar la entrada en esta famosa estación balnearia, que es la que representa el grabado. En el fondo se ven los hoteles suizos, de forma tan sencilla y agradable, y de los cuales está poblado el valle, para albergar cómodamente á miles de personas. Sin hacer noche en ninguno, podemos regresar á nuestra casa, para descansar de la primera jornada, que no ha sido corta, y prepararnos para otra nueva.

MARCO POLO.

REINALDO BAUMSTARK.

En una de las comarcas más deliciosas de Alemania, al pie de las altas cumbres de la famosa Selva Negra, coronadas de sombríos bosques de pinos y abetos que enlazándose entre sí forman la densa espesura que la da su nombre, rodeada de los verdes viñedos que producen los celebrados vinos del Rhin, y en el camino más corto y practicable desde este río á las fuentes del Danubio, utilizado en la paz por el comercio y en la guerra por numerosos ejércitos que en los dos últimos siglos han peleado bajo sus muros, se alza orgullosa con su admirable catedral gótica, con su antigua universidad católica y con la moderna estatua del monje franciscano Bertoldo Schwartz

(el Negro), á quien se atribuye la invención de la pólvora en esta ciudad, á principios del siglo XIV, la bella Friburgo, donde vió la luz primera en 24 de Agosto de 1831 el insigne escritor contemporáneo Reinaldo Baumstark.

Fué su padre Antonio Baumstark, antiguo profesor del Liceo, y después (1836—72) director del Seminario filológico de Friburgo, que al nacer Reinaldo se ocupaba en su primera obra, un erudito comentario de las obras de César, al cual no tardó en seguir una fidelísima traducción del elegante historiador romano, y á ésta un florilegio de los poetas griegos y otro de los latinos, así como también gran número de artículos en el *Diccionario enciclopédico* de Pauly, y en gran número en las más acreditadas revistas filológicas. Con el pseudónimo de *Hermann del Bosque* (nombre de un famoso humanista del siglo XVI), escribió la *Vida de Federico Carlos de Moser*, uno de los patriarcas del liberalismo alemán en la pasada centuria, é igualmente un libro titulado *La explicación libre de la religión*; así como también un *Diccionario político popular*. Por último, escribió un folleto acerca de la organización de la enseñanza en Baden, y otro que llevaba por título *Federico Augusto Wolf y la escuela erudita*, consagrado al ilustre fundador de la ciencia arqueológica, tan famoso en el mundo literario por sus prolegómenos á las poesías de Homero; siendo su última obra *Las antigüedades jurídicas de los antiguos germanos*, impresa en Berlín en 1873, que fué recibida con gran aprecio.

Inútil nos parece decir que el niño Reinaldo hizo todos sus estudios de segunda enseñanza bajo la inmediata dirección de su padre, el cual cuidó principalmente de familiarizarle con gran profundidad en las lenguas y literaturas clásicas. Llegada la época de elegir carrera, optó el joven Baumstark por la de Derecho, que estudió en la universidad de su ciudad natal con tal aprovechamiento, que en 1857 era ya juez en uno de los distritos de la Selva Negra, llegando á ser en 1864 magistrado de la Audiencia de Constanza. Tres años después empezaba su carrera literaria con una concienzuda obra titulada *Mi excursión á España* (Ratisbona, 1867), á lo cual siguieron al año siguiente una elegante traducción de las *Novelas ejemplares de Cervantes*, y unas *Fotografías de España*, en forma de tarjetas. El estudio profundo de nuestra historia, identificada por diez y nueve siglos con la del Catolicismo, que ha informado los portentosos monumentos de que está sembrado nuestro suelo, dando vida y espíritu á nuestras artes, y más que todo á nuestra gran literatura, impresionó de tal suerte el noble y generoso corazón de Baumstark, que al ver sin base el edificio de sus creencias protestantes, la fatal dirección de los escritos políticos y literarios de su padre, inspirados en las tradiciones del clasicismo pagano, así como también los errores económicos de su tío Eduardo, catedrático de Economía política en Pomerania, ardiente propagador de las ideas y de las doctrinas de la escuela individualista en su patria, sintió deseos irresistibles de abrazar el Catolicismo, siendo su primer paso la publicación en 1868 de un folleto titulado *Reflexiones de un protestante con motivo de la invitación hecha por la Santa Sede para reconciliarse con la Iglesia católica romana*, escrito que, como es fácil de suponer, produjo una sensación extraordinaria y sumamente desagradable en los círculos protestantes. La obra de su conversión estaba terminada; y en 30 de Junio del año siguiente entró en el gremio de la Iglesia católica, á la cual le habían traído los hermosos destellos de la verdad revelada, que brotan á raudales de los inmortales escritores del siglo de oro de nuestra literatura, y la voz cariñosa y llena de dulzura del más bondadoso de los Pontífices, la figura más noble y más augusta de nuestra edad, el gran Pío IX.

Entre tanto, había dado á luz la traducción en verso del conocido drama de Calderón, titulado *La Dama Duende*, publicada en Viena en 1869. En el mismo año fué elegido por dos distritos diputado del Congreso del Gran Ducado de Baden, en el cual tuvo que defender, en unión con cuatro colegas, los intereses católicos contra la mayoría liberal de aquella Cámara. Como jefe de la oposición, fundó en Diciembre de 1870 la coalición de los católicos badeneses, frente á frente de la nueva organización del Imperio alemán, por cuyo medio hizo posible la influencia que aún hoy ejerce el partido católico en Baden;

pero no tardó en renunciar su cargo, no sólo por su muy quebrantada salud, sino también por estar convencido de que el nuevo sesgo que iban tomando los asuntos políticos, no era el más á propósito para que influyese de un modo provechoso, dentro del Parlamento, á favor de los intereses católicos, un hombre que se había dado á conocer como ardiente partidario de las grandes tradiciones de Alemania y de la supremacía del Imperio de Austria. Desde entonces vive retirado de la ardiente vida política, compartiendo sus tareas entre el desempeño de la magistratura y los trabajos literarios. Entre tanto había publicado: *El Partido popular católico en Baden y su conducta en la guerra franco-prusiana*, Friburgo, 1870; y en compañía de su hermano Hermann, que sin tener noticia de la conversión de Reinaldo, había dejado de ser pastor luterano en Chicago (América del Norte) para ingresar casi al mismo tiempo en la Iglesia, publicó en Friburgo, 1870: *Nuestra conversión al Catolicismo*. Siguiendo en su tarea de dar á conocer

en su patria los primeros escritores de nuestra nación, dió á luz, en 1871, una *biografía de D. Francisco de Quevedo*, trazando con tal motivo un precioso cuadro de la España del siglo XVII. Reunido por entonces el primer Parlamento del nuevo Imperio germánico, publicó otro folleto que llevaba por título: *El primer Parlamento alemán y los intereses de la Iglesia Católica*, Friburgo, 1871; *Memorias de un político solitario*, 1872, y un escrito satírico que tituló *Diálogos del purgatorio de Luciano colocado sobre un árbol*, 1872. Siguiéron á estas obras las biografías de *Daniel O'Connell*, Friburgo, 1873; la de *Colon*, Munster, 1873, y la del emperador de Alemania *Leopoldo I*, defensor de la integridad y de los intereses germánicos contra los turcos y contra los ataques de Luis XIV. Casi al mismo tiempo daba á la estampa en Viena el folleto titulado *Kulturkampf contra Roma, ó ¿dónde estamos?* No podía dejar olvidadas las más grandes figuras de nuestra historia, y, en efecto, en los dos años siguientes publicó un

trabajo acerca de *Isabel de Castilla y Fernando de Aragon*, un estudio de *Felipe II* y un opúsculo sobre *Cervantes*. Las últimas biografías que han salido de su fecunda y elegante pluma en el año pasado, han sido la de *Fr. Bartolomé de las Casas*, obispo de *Chiapa*, en la cual discurre con grande acierto acerca de la colonización, conversión y civilización de la América Central; y las del obispo *Fisher*, y del canciller *Tomás Morns*, ilustres víctimas del disoluto y sanguinario Enrique VIII de Inglaterra. Por todos estos méritos, así como por sus numerosas y bellas producciones, los protestantes no se cansan de llamarle tráfuga y ultramontano fanático; pero en cambio es sumamente apreciado en los círculos católicos de Alemania, los cuales podrían llamarle *el héroe sin mancilla*, que es lo que significa su nombre *Reinaldo* (*Reinhold*).

FÉLIX SANCHEZ Y CASADO.

VIAJE DE RECREO.—ESTACIONES DE VERANO.



EL ASILO DE SAN GOTARDO EN LOS ALPES.

BIBLIOGRAFÍA.

VIDA Y HONESTIDAD DE LOS CLÉRIGOS, por el Dr. Don Leon Carbonero y Sol; con un Tratado de la Simonía, por su hijo D. Leon María Carbonero y Sol.—Madrid, 1880.

Tal es en compendio el título de la última obra con que los Sres. Carbonero y Sol han enriquecido las bibliotecas eclesiásticas. Este libro, según declara modestamente el autor, no es más que una compilación metódica y ordenada de cuanto han escrito los Santos Padres, de cuanto han preceptuado las Constituciones apostólicas y los Concilios, y de lo que enseña el Derecho canónico sobre el régimen y norma de la vida sacerdotal. Y en efecto, el censor eclesiástico, Sr. Rodríguez, en los fundamentos de su censura, dice: «El libro del Sr. Carbonero y Sol es un dechado de perfección eclesiástica, que todo clérigo deberá leer todos los años, como está mandado que se haga con las rúbricas, para que no se olviden, para que se practiquen, y para que con la acción del tiempo no se vayan introduciendo insensiblemente errores, faltas y equivocaciones, si quiera sean involuntarias.»

El *Tratado de la Simonía* es digno del cuerpo de la

obra. Erudición copiosa, doctrina sanísima y disposición y método admirables. El libro forma un volumen en 4.º mayor, de 1.282 páginas, y se vende en las principales librerías de España, y en casa del autor (Reina, 4, Madrid), al precio de 44 rs., franco de porte.

No concluiremos este suelto sin felicitar á los señores Carbonero y Sol, por obra tan importante y tan necesaria, y sin darles las gracias por el ejemplar con que nos han obsequiado.

APUNTES HISTÓRICOS DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL, CIUDAD Y ANTIGUA DIÓCESIS DE TUY, por el Licenciado D. Ricardo Rodríguez Blanco, canónigo de Santiago.

Hace tiempo que el ilustrado autor de este libro tuvo la bondad de remitirnos un ejemplar. Después de leerlo con detenimiento, podemos afirmar que el trabajo del Sr. Blanco es interesante, erudito y digno de encomio. Lamentando el olvido en que yace la antigua ciudad de Tuy, y agradecido á su hospitalidad, propúsose el autor renovar el recuerdo de su brillante historia, para estimular á sus hijos á desenterrar de los archivos los blasones y títulos de su noble y glorioso abolengo. Y, en efecto, la obra ha

respondido al deseo, echando sólido cimiento á la historia de Tuy, acreedora al estudio de los eruditos. Refiere las vicisitudes desde el tiempo de los celtas hasta hoy; consigna el catálogo de los reyes suevos que tuvieron su corte en Tuy; el de sus preladados y hombres eminentes en virtud y ciencia; describe los principales monumentos de la diócesis, y con especialidad su Catedral insigne, y acompaña á todo esto con noticias eruditas, muy curiosas y oportunas.

En este punto debemos lamentar que el Sr. Blanco no haya consignado francamente el origen, las fuentes de donde las tomaba. En el Apéndice, pág. 462, publica dos inscripciones romanas que vieron la luz por vez primera en los *Recuerdos del viaje á Santiago* de los doctos académicos Sres. Fita y Fernández-Guerra, y en el Catálogo de voces célticas, correspondientes á otros que aún perseveran en las provincias gallegas, tuvo, sin duda, presentes los eruditos artículos de dichos señores, que habríamos visto con gusto citados para guía de los estudiosos.

Por lo demás, el libro es interesante, y ojalá tuviera cada iglesia de España uno parecido para servir de luz á los viajeros y de base á posteriores y más detenidos estudios.

Véndese á 10 rs. en Santiago, y el importe total se destina para limosna del Apóstol Santiago.

DEFENSA DE LA RELIGION CONTRA LOS LIBRE-PENSADORES Y EXPOSICION DE LA DOCTRINA CATOLICA, EN FORMA DIDACTICO-ORATORIA, por D. Nemesio Lasagabaster, presbítero.—Tomo I.—Madrid, 1880.

Al autor de este libro, sacerdote ilustrado y celoso, que consagra el descanso que le concede su sagrado ministerio á las tareas de la prensa, se propone con él, y estamos ciertos de que ha de lograrlo, formar un como resumen de las obras apologeticas del Cristianismo publicadas en estos tiempos. Su obra será un arsenal para la predicacion, y un libro utilísimo para difundir las salvadoras soluciones que da la Iglesia á los modernos problemas sociales.

El primer tomo publicado contiene once pláticas, que tratan del Socialismo, de la Beatitud, de la Confesion, Beneficios sociales de la Iglesia, La Madre Dolorosa, La muerte de Jesus, La Resurreccion de Jesus, La paz universal, Las clases directoras, Persecuciones injustas, El Patrocinio de San José, El

celibato eclesiástico, El culto y la Confirmacion. El estilo es claro y elegante; copiosa la erudicion sagrada, y acertada la disposicion y plan de los discursos.

Único punto de venta en Madrid, librería de Pita, Preciados, 44.—Precio del primer tomo, 3 pesetas en Madrid, 14 reales en provincias.

LA SENDA DE LA FELICIDAD; POEMA FILOSÓFICO-MORAL, por D. Juan B. Domenjó, presbítero, catedrático de Filosofía en el seminario de La Seo de Urgel.—Barcelona, 1880.

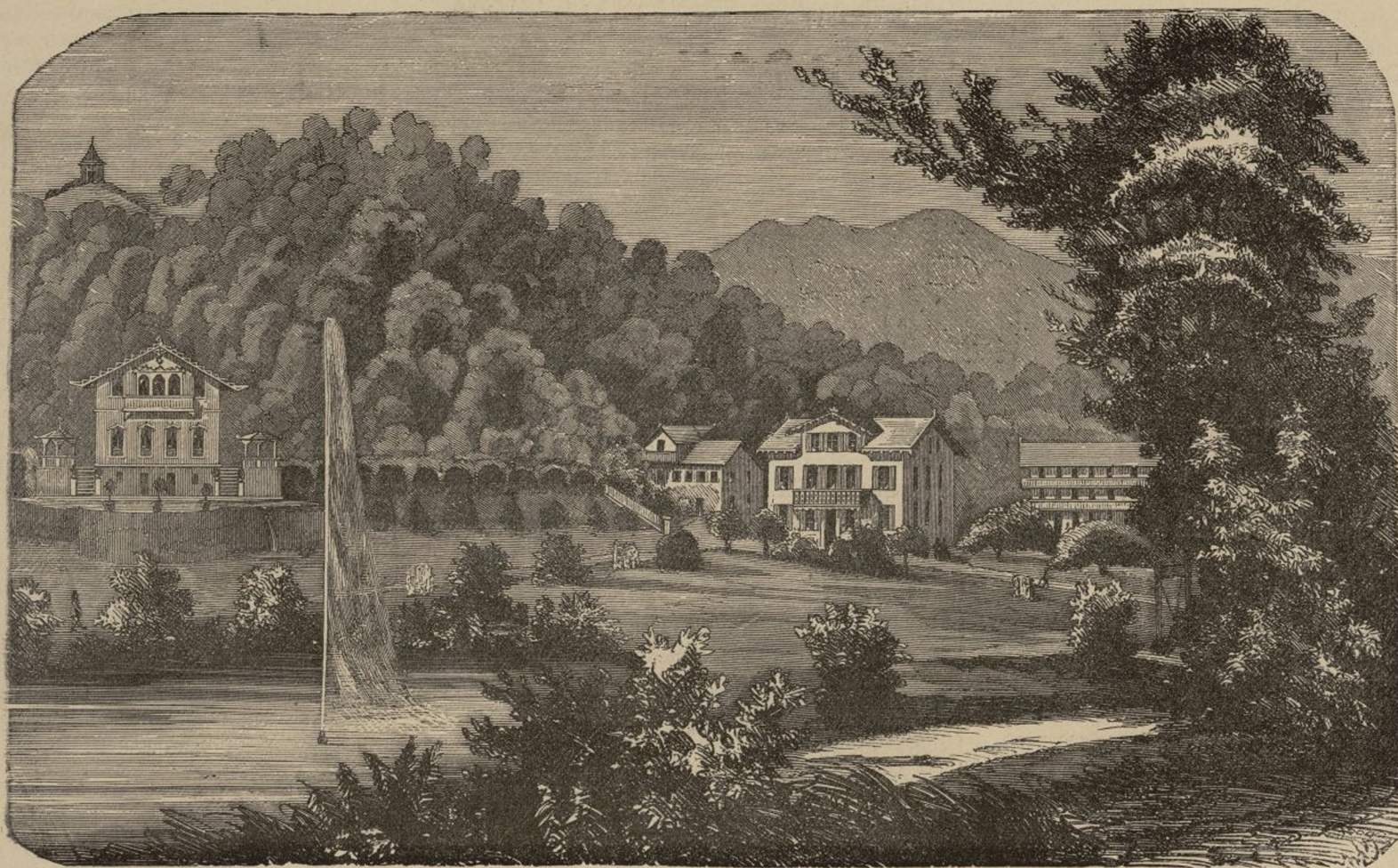
Aunque la crítica de estos tiempos se muestra inclinada á aplaudir las concepciones poéticas de índole trascendental, como ahora se dice, estamos seguros de que pasará por alto este poema filosófico-moral, por lo mismo que es tan digno de aplauso. Su doctrina es pura, recta su moral, saludables sus ense-

ñanzas; el autor lo ha escrito á mayor gloria de Dios y bien de los hombres, y con esto está todo dicho.

Si en la parte literaria hay defectos é incorrecciones, bien pueden dispensarse, en gracia de la intencion del autor, de la extension del poema, que abraza 350 páginas, y, sobre todo, de la dificultad de expresar en verso cuestiones abstrusas de Teología, Filosofía y Moral. Nosotros lo hemos hojeado con gusto, y con él lo recomendamos á nuestros lectores. El señor Domenjó se revela en su obra como teólogo profundo y buen humanista. Quien á estas cualidades acompaña el celo por la salvacion de las almas, bien puede prometerse los laureles de la verdadera gloria.

La edicion del libro es elegante, y aunque nada se indica, suponemos que se venderá en las principales librerías religiosas, y especialmente en las de Barcelona.

VIAJE DE RECREO.—ESTACIONES BALNEARIAS.



VISTA DE CHANELAZ EN SUIZA.

BIOGRAFÍA DEL EXCMO. É ILMO. SR. D. FR. JOAQUINO LLUCH Y GARRIGA, Arzobispo de Sevilla, escrita por D. José María Carulla.—Madrid, 1880.

Es un volúmen en 4.º, de 264 páginas, elegantemente impreso. El nombre de su autor nos ahorra de elogios, así como el del prelado á quien se refiere de hacer aquí larga enumeracion de sus altos merecimientos. Habiendo regido con admirable celo la diócesis de Canarias, Salamanca y Barcelona, ocupa hoy la silla de los Isidoros y Leandros, con gran fruto de la Iglesia y de sus amados diocesanos. No obstante, la calumnia de los impíos cebó en él sus garras, y para defenderle de ellas, el Sr. Carulla ha escrito la extensa biografía que tenemos delante. Leyéndola, cosa por cierto muy grata, se puede persuadir el más ignorante sectario de que el Sr. Lluch es uno de los más ilustres prelados que hoy tiene la Iglesia española. Viva muchos años, para que se multipliquen los frutos de su fecundo apostolado.

Debemos á la bondad del docto profesor de la Universidad de Manila, R. P. Fr. Matías Gomez Zamora, de la Orden de Predicadores, un ejemplar de su magnífico discurso, leído en la apertura anual de los estudios de aquella ilustre casa, que bajo el título

glorioso de Santo Tomás, cultiva con admirable fruto las ciencias y las artes. Forma este discurso un elegante volúmen de sesenta y siete páginas y dos apéndices, elegantemente impreso en la misma imprenta del colegio que dirige nuestro celoso correspondiente, Sr. Memije.

Comienza el discurso exponiendo los progresos de la Real y Pontificia Universidad filipina, la cual progresa de año en año por la constante laboriosidad de sus profesores, la aplicacion de sus alumnos y la recta direccion que la encamina hacia la cumbre de la verdadera gloria, donde resplandece la claridad del cielo. Felicitamos cordialmente al ilustre claustro de Santo Tomás por estos resultados, que acreditan la merecida fama de los hijos de Santo Domingo.

El resto del discurso está dedicado á exponer «la verdad en el hombre», esto es, su noble origen, su alto destino y los obstáculos que el error opone á su legítimo perfeccionamiento. No es fácil encerrar en pocas líneas la hermosa disertacion del P. Gomez Zamora; la teología, la filosofía, la historia y la bella literatura han derramado á manos llenas en sus páginas la luz clarísima y hermosa que la ciencia cristiana ostenta en sus más altas concepciones. Difícilmente podrá mostrarse otro estudio en que con más difícil facilidad se pongan al alcance de todas las in-

teligencias, bellas y galanas, las doctrinas filosóficas más profundas y trascendentales. Por esto saludamos en el modesto profesor una gloria más de su Orden insigne, cuyo talento y cuya pluma han de reportar grandes beneficios á la religion y á las letras. Abrigamos la esperanza de que, accediendo al ruego que por separado le dirigimos, podremos contarle muy pronto entre los colaboradores de LA ILUSTRACION CATOLICA.

M. PEREZ VILLAMIL.

RECUERDOS DE LA GRAN CARTUJA.

I.

Estas páginas no son un juguete de la imaginacion, la obra de un vano capricho de la fantasia: son la relacion sencilla, pero fiel, de los recuerdos de mi juventud, la historia sincera de un sentimiento íntimo, pero grave como todos los pensamientos religiosos, y que ha ejercido una influencia protectora sobre la vida intelectual de un hombre oscuro á quien he conocido por casualidad;— y sin embargo,

acaso se encierra una gran lección en esta escena de la soledad. Un joven dotado de una gran energía de pensamiento, arrastrado por la naturaleza de sus estudios al torbellino de las ideas del siglo, reconoce de repente en la sociedad de algunos ancianos, pobres, olvidados, separados del mundo, la vanidad de las doctrinas que repelen los consuelos y las luces de la fe. ¡Cuadro digno de más vastas proporciones y de un pincel más hábil sería en verdad el que manifestase la incredulidad moderna, luchando vanamente contra el poder creador y la palabra de Dios, en medio de las agresiones pompas del desierto y en presencia de las austeridades del claustro! No ha sido mi intención realizar un pensamiento tan grandioso al bosquejar estos recuerdos, cuya relación no he oído más que una vez, pero que nunca se borrarán de mi memoria. Con el religioso sentimiento que le anima, el hombre á quien debo estas preciosas confesiones me perdonará sin duda el que les dé una publicidad que creo útil, y que él por exceso de modestia no les daría nunca.

En estos términos se franqueó conmigo:

«Todavía no había yo cumplido diez y nueve años, pero ya era viejo! ya había apurado la amarga copa de las alegrías y de los desencantos de este mundo. Habiendo casi mamado con la leche los más atrevidos dogmas de la filosofía del siglo XVIII, ciencia funesta, semejante á aquellos licores fuertes que embriagan y abrasan la sangre en las venas; á la vista de las miserias de mi tiempo, había sentido marchitarse mi alma y embotarse mi razón en una sombría desesperación: así es que estaba abatido, agobiado bajo el peso de amargos recuerdos, porque ya no tenía esperanzas para esta vida, ni creía en las de la otra. Trabajador de poca fe y de poco valor, al principio de la jornada ya aspiraba al descanso de la noche, semejante á aquellas plantas tempranas que no ven más que un sol y que caen antes del fin del día, inclinadas sobre su débil é infecundo tallo. Todavía no había cumplido diez y nueve años, y ya no creía en el porvenir..... ¡Oh! ¡todavía no había cumplido diez y nueve años y ya era viejo!.....

«Los recientes sucesos de 1815 (1) habían destruido completamente las esperanzas de mi educación. Al principio me había destinado á la carrera del foro, por obedecer al deseo de mis padres; pero circunstancias dependientes de los trastornos políticos de aquella época, y que nada tienen que ver con esta confesión, me obligaron á abandonar todos los proyectos que había podido hacer anteriormente sobre mi suerte futura, y acepté un empleo subalterno en la conservación de montes y plantíos de Grenoble. Por entonces, poco más ó menos, sancionó el Gobierno el establecimiento de algunas casas religiosas; y en virtud de este acto de autoridad, que no fui de los últimos en criticar, los Cartujos que habían sobrevivido á las borrascas revolucionarias de Francia, entraron en posesión del célebre monasterio llamado la Gran Cartuja, que es el centro de esa antiquísima Orden.

«Poco numerosos eran: ocho ó diez Padres solamente, acompañados de algunos Hermanos legos, volvieron de Roma, á donde se habían refugiado desde el año 1790, bajo la dirección del Padre procurador general de la Orden: volvieron á aquellas paredes por tanto tiempo profanadas y despojadas del esplendor que en ellas había acumulado la piedad de los pasados siglos. ¡Oh! ¡Cuál debió ser la profunda conmoción de aquellos piadosos cenobitas al saludar

de nuevo, después de un destierro tan largo, las degradadas paredes de su patria religiosa, de la Jerusalén de su orden! ¡Ah! la desolación reinaba allí como en la otra Sion. La asoladora tempestad de las revoluciones parecía rugir todavía en su recinto, cuyos ecos, insultados por sacrílegas voces, habían olvidado los acantos de la oración y el armonioso son de las alabanzas del Señor. La casa conventual, allí en medio de los escombros que la rodeaban, parecía una viuda de los antiguos días, llorando bajo el cilicio y la ceniza, sobre las tumbas de su esposo y de sus hijos. Se dice que apenas los religiosos pudieron alcanzar á ver á lo lejos el techo de la morada donde en su juventud se habían consagrado á Dios, cayeron de rodillas con un santo y doloroso entusiasmo, y derramaron copiosas lágrimas en los pedregosos caminos del desierto, porque á cada paso hallaban algunos recuerdos de otra época, conservados piadosamente en el destierro, como sagradas reliquias de una tierra bendita.

«¡Cuán mudados estaban los tiempos! El hacha había empobrecido aquellos hermosos y majestuosos bosques, tan bien cuidados en otros tiempos por los religiosos á quienes pertenecían: numerosos claros se descubrían en diferentes puntos adonde los solitarios iban á orar y á meditar bajo frondosas sombras. El habitante de las montañas, enriquecido con sus despojos, no iba ya como antes á recibir sus bendiciones; antes bien los veía pasar guardando un sombrío silencio, agitado como lo estaba por los odios revolucionarios y por los vagos temores que había sabido sugerirle el espíritu de la secta.

«Un acto muy natural, aunque algo inconsiderado de aquellos Padres, ignorantes todavía del nuevo derecho público vigente en Francia, vino de pronto á dar un pretexto casi plausible á aquellas lamentables calumnias. Las casas de aquella comarca están cubiertas de tablas de pino, uso que con tanta frecuencia ocasiona en las aldeas de aquellas montañas terribles desastres; pero la dificultad de los trasportes y la ausencia de todo otro medio local no permiten absolutamente recurrir á una materia que ofrezca menos pábulo á los incendios. Cuando llegaron los religiosos á la Gran Cartuja, todos los tejados del monasterio, abandonados por tanto tiempo, estaban enteramente á teja vana. Creyó, y con razón, el Padre procurador que su primera atención debía ser poner á sus religiosos al abrigo; y á este fin, como en los tiempos en que la Orden era legítima propietaria de los bosques vecinos, hizo que sus donados cortasen cierta cantidad de pinos, de que al instante sacaron las tablas necesarias para componer los tejados del monasterio.

«Los agentes de la Dirección de Montes y plantíos pusieron pleito á los religiosos en nombre de la ley, y se opusieron á la continuación de sus trabajos. Como el negocio era tan grave, no quisieron las autoridades del Departamento tomarle sobre sí, y por tanto hubo que escribir á París. Mandaba el ministro en su Real orden que se sobreseyese sin demora á la demanda intentada contra los religiosos, y que se les despachase al mismo tiempo un agente de carácter firme y conocida inteligencia para hacerles conocer su verdadera posición, y entregarles la cantidad de madera necesaria para las reparaciones más urgentes. Deseábase, no obstante, que aquel agente supiese conciliar en aquella circunstancia el rigor de sus deberes con el respeto y la consideración que merecían los padres:—yo fui el comisionado para desempeñar este encargo.

«Salí de Grenoble en una hermosa mañana de Junio, y para poder penetrar á caballo hasta el monasterio tomé el camino de Sappey:

animaba mi corazón una especie de orgullosa satisfacción, una alegría cruel, inspirada por la idea del poder de que estaba investido momentáneamente. Mis preocupaciones políticas y las de mi falsa filosofía se unían en mí para inspirarme los sentimientos más hostiles hacia los religiosos; la idea de que iba á estar en mi mano humillar á unos frailes me causaba un inexplicable gozo. ¡Tan joven, pero inspirado por un odio frenético, iba yo, insensato, lleno de contento, y creyendo tributar homenaje á honrosos principios, á hollar el respeto que se debe á los años y á la piedad!.....

(Se concluirá).

MAGDALENA.

NOVELA ORIGINAL DE LIA CRESSESEN.

(Continuación.)

«Magdalena á Valentina.

Respiro con afán ese aroma de convento que se exhala de cada una de tus líneas. Me parece que esa parte de felicidad debería serme suficiente: me queáis allí, rezais por mí. ¿No es esto mucho más de lo que yo me merezco? ¡Alma mía, ¿por qué estás tan triste?

¿Por qué? Porque tengo muchos motivos para estarlo. No sabrás jamás, Valentina, lo que es volver al cabo de trece años á la casa de su madre, y no encontrar nada de ella..... Se diría que vengo de los Antipodas. En esta numerosa familia, no conozco más que á mi padre. Los criados son diferentes; sólo Teresa ha escapado al ostracismo. He buscado en vano alguna traza de lo pasado; nada recuerda aquí los gustos sencillos de mi madre; no ha sido respetado ni un solo objeto de los que le pertenecían. El mueblaje es magnífico; la habitación está transformada, y me disgusta este lujo como un intruso. Á mi madrastra le gusta todo lo que se ve, lo que brilla, lo que impone la admiración. Ella es la que arregla, la que manda, y mi padre no tiene otro honor que ser su primer ministro, y velar en la ejecución de sus voluntades. Pasada la primera emoción, he sido relegada al último lugar. ¿Crees tú, Valentina, que el día de mi llegada no he comido en la mesa de familia?..... La señora de Bord esperaba convidados; pretextó que estaría demasiado cansada para velar; que se me sirviera en mi cuarto. Esta primera humillación me mortificó profundamente. Me incliné, y salí con el corazón oprimido, encontrándome de más en este hogar, que no es ya, ni puede ser, el mío.

Mi cuarto es pequeño y sin ningún aspecto de lujo; tiene buenas vistas, esto es todo. Mi aire desolado aflige á mi pobre Teresa.

—Pobrecita mía. ¿Esto es justo? Tú deberías ser aquí el ama.....

—Estoy en casa de mi padre, y él me quiere: es todo lo que necesito. Estaré muy bien en este cuarto.

Teresa escondió su rostro entre sus manos. La pobre mujer no puede ver sin dolor á una extraña ocupar el puesto de mi madre; pero sé que no debo ni murmurar ni quejarme.

Te aseguro, Valentina, que no me preocupa nada un cuarto más ó menos elegante, y que estoy muy resuelta á someterme á la señora de Bord. Pero después de este gozo tan completo, de los besos de mi padre, dejarlo por un motivo frívolo me disgustaba, y mi corazón sufría más que mi amor propio. De todos modos, no quería ablandarme desde un principio; rogué á Teresa me dejase sola. Dios me envió el sueño, «este baño de las almas heridas», como le llama el poeta, y te escribí al día siguiente.

¿Hago mal de contarte lo que había pensado callar? Repréndeme, pues, consejera muy querida.

Cuando concluí mi carta, me decidí á bajar, temerosa y conmovida; niña, había jugado en esta escalera, en estos corredores. Eran las diez, y parecía que todos dormían en el castillo. Teresa me dijo que la reunión se había prolongado hasta muy entrada la noche; el almuerzo estaba dispuesto para el medio día. Le hacía muy hermoso; fui á la iglesia con mi criada; bastan veinte minutos para llegar, y mi piadosa madre me llevaba todos los días. ¡Ay! iría allí sola en adelante; ¡ojalá lleve un alma tan pura como la suya!

(1) Como la escena de esta relación pasa en Francia, los sucesos á que aquí se alude son la caída de Napoleón y la restauración de los Borbones.

Esta iglesia es muy antigua, muy severa. ¡Cuánta devoción inspira!

El banco de mi madre no existe.... ¡Ah! ¡Valentina, que Dios te guarde la tuya! ¡Se sufre demasiado cuando se ha perdido!

En seguida, Teresa, teniendo que volver, hice una excursión á los campos, no sabiendo bien dónde iba, haciendo por reconocer el país. Era demasiado joven cuando subió mi dicha al cielo, para haber podido conservar imágenes que apenas había entrevisto.

Cuando así divagaba por el bosque, oí un tiro; y dos minutos después me encontré frente á un alto y vigoroso cazador, de buena cara y de buen porte, que, más admirado que yo, me saludó y se alejó en dirección opuesta á Valvert.

Su perro olfateaba á mi alrededor, como para reconocerme; y por más que el cazador lo llamaba, el inteligente animal me miraba con una especie de elocuencia, de la que no podía adivinar la razón. Es tal vez un perro viejo, que ha pertenecido á mi padre.

Este paseo me recordaba mis excursiones, mi Valentina. Andando sola bajo las encinas de Valvert, en los paseos de castaños y de tilos, alrededor de los maticos de azaleas y de bojés, hablaba de quedo contigo, hermana mía.

Al medio día volví á ver á mi padre, cariñoso como la víspera, pero por poco tiempo. La sonrisa burlona de la señora de Bord me clavó en mi asiento en el momento en que iba á presentarle mi frente; me contenté con besarle la mano. Se habló mucho de personas y de cosas que me eran y me son desconocidas. Mi padre anunció que un negocio le detendría en la ciudad todo el día; los niños fueron al jardín, y me quedé sola con mi madrastra. No sabía lo que debía hacer, y fui á pedirle permiso para retirarme, cuando ella se dignó dirigirme la palabra.

—¿Sabes cuál es el objeto del Sr. de Bord trayéndote aquí, Magdalena? Estoy segura que lo ignoras.

—Con qué acento de irónica compasión me hablaba! ¡Y qué bella estaba, echada en un mullido sofá, arreglando con coquetería los pliegues de su bata de cachemir bordado, cuya frescura hacía resaltar las rosas de sus mejillas!

Mi traje de uniforme, de una modestia tan austera, me daba un aire en todo punto conforme á mi posición ante esta grandeza.

—Quiero darte todas las explicaciones que puedas desear,—continuó ella con un tono de soberana condescendencia.—Tal vez hayas creído hasta este momento que eres rica; sería un grave error. Tu padre no es culpable de la desgracia, y eres una hija demasiado sumisa, quiero creerlo así, para concebir ninguna duda sobre la habilidad de su administración; que te baste con saber que á causa de muchas catástrofes financieras tus rentas están muy disminuidas. Hemos pensado que tendrías gusto en vivir con nosotros, utilizando tus talentos en provecho de tus hermanas, de las que el Sr. de Bord no se quiere separar. Las jóvenes nobles y pobres se casan raramente, siendo muy pocos los príncipes Hermosos en nuestros días; verdaderamente es una resolución acertada la que tomamos, confiándote la educación de nuestros hijos, y estoy convencida, Magdalena, que comprenderás tus deberes y que los cumplirás con celo. Tu padre dice que responde de tí; y me ha asegurado que no te faltará ni indulgencia ni bondad con tus discípulas. Ellas son excesivamente inteligentes, y he sentido muchas veces que mi salud delicada, mis ocupaciones, las exigencias del mundo, no me dejen vigilar yo misma sus estudios. Mauricio y Roberto tienen por profesor á un sacerdote de la vecindad, que les da dos horas de lección todos los días; tendreis que vigilar su trabajo. Hé aquí lo que se ha determinado: te instalarás en el pabellón, donde se ha preparado todo el material necesario. Estás libre hasta mañana; á tu edad, el descanso es enervante y funesto. Vete, Magdalena, y no olvides esta prueba de confianza que te doy sin conocerte, bajo la palabra del señor de Bord. Sé dulce, activa, humilde, y todo irá bien.

Estaba muy distante de esperarme esta comunicación. Había creído que para mí, como para tí, como para nuestras amigas, á la salida del convento se sigue la entrada en el mundo, y que mi vida se dividiría entre las obras piadosas y las ocupaciones ordinarias de las jóvenes. ¡Y si hubieras oído el discurso de la señora de Bord, la inflexibilidad que vibraba en su voz! El gesto con que fui despedida me causó un estremecimiento involuntario; subí á mi cuarto para

meditar la conducta que debía tener, volví á leer tus queridas páginas, después de una violenta lucha, presté mi adhesión íntima al plan que mi padre había aprobado. El resto del día me pertenecía; puse en orden mis armarios, coloqué mis libros, y volví á la iglesia....

Mi primera lección no me costó muchos esfuerzos. Las niñas no saben nada, absolutamente nada más que saludar con gracia, hablar de trapos y de muñecas, bailar, jugar. Mis hermanos son estudiosos, y me dan también más trabajo con su enigmático latín.

El pabellón está embellecido con grandes árboles, cinamomos, polonias, laureles, cerezas.

Hay tres habitaciones lujosamente adornadas, como el castillo. Todas mis horas están calculadas minuciosamente por la señora de Bord. Me ha entregado un reglamento; no tengo, por decirlo así, ni aun el derecho de respirar sin su permiso.

Hasta muy pronto, Valentina amada.»

«Valentina á Magdalena.

Por extraña que te parezca tu suerte, amiga mía, tengo la confianza que Dios bendecirá tus buenos deseos, y que tu madrastra apreciará tu conducta. Tu naturaleza se rebelará más de una vez; pero puedes pensar que esta prueba no será muy larga, y que el señor de Bord te querrá doblemente si tus hermanas te deben una instrucción sólida y talentos útiles. Te comprendo muy bien, querida; esta tarea sería muy dulce si no te fuera impuesta por una especie de mandato despótico; y el poco caso que hace la señora de Bord de su enteneda, me hiere tanto como á tí. Te veo digna y generosa, aceptando alegremente un peso inesperado, que no debes considerar sino bajo su mejor aspecto, y jamás institutriz ninguna ha sido más digna de este honor que mi amable Magdalena. Es menester que esto sea así, ¿no es verdad? para que se tribute justicia á la educación de los conventos, que muchas veces se difama. Madre Ambrosia me ha hablado en este sentido. Esta venerable amiga está un poco mala desde ayer, y me parece que se inquietan demasiado; sabes que su buena salud le daba ocasión de hacer tantos sacrificios, tantas veladas santas por los pecadores, por los enfermos.

Adios, vamos á la capilla, y no tardaré en darte noticias.»

«Magdalena á Valentina.

«Se dice que el cólera se ha declarado bruscamente en R....., y que hace allí estragos horribles.»

Esta frase de la señora de Bord me ha dejado atónita. ¿Cómo está la Madre Ambrosia? ¡Qué angustia estoy desde ayer! Sin duda te marcharás, querida Valentina. ¡Ah! ¡Que Dios te preserve de ese terrible mal, buena y querida amiga! Hay horas que estoy mortalmente triste, cuando calculo los lutos que trae una epidemia, y no tengo ningún medio de lograr noticias exactas. No me atrevo á preguntárselo á mi padre, que cuando me habla está distraído, como en el salón de Nuestra Señora. Temblar por tí, por todas nuestras afecciones de la juventud, ¿puede darse nada más doloroso?

Te diré que hay un contraste muy grande entre mi vida de allá, tan dulce, tan mimada, tan alegre; y mi vida actual, atormentada, dolorosa, camino de la cruz, en el que desgraciadamente tropiezo y caigo muchas veces. No soy más que un instrumento entre las manos de la señora de Bord; pero no le resisto más, y á pesar de mis más mortales aprensiones, me quedo tranquila. Ana, que se le parece, me habla con una altanería que sería risible, si no considerase la obligación que tengo de sufrirla. Todas mis palabras, mis acciones las más indiferentes, sufren un examen riguroso, y por lo que sospecho se quieren inculpar mis actos á mi padre. ¡Ojalá me engañe! Los niños están muy mal criados, y todos sus caprichos caen sobre mí. Si pudiera hacerme amar, penetrar insensiblemente en estos jóvenes corazones tan mal dirigidos y dárselos á Dios, ¡qué triunfo! Pero cuando he obtenido de ellos un buen movimiento, una palabra cariñosa, los procedimientos de la señora de Bord vienen á echar á perder todo. ¿Por qué me aborrece?...

Noticias, Valentina; tengo sed de ellas.»

«Valentina á Magdalena.

Es muy cierto que el cólera diezma este país que amamos tanto. Mi madre ha venido por mí en cuanto

se supo; y en Nantes he sabido la muerte de Madre Ambrosia. Has sabido antes que yo esta gran desgracia. ¡Cómo la lloro, á esta madre que era también la nuestra! Su predilección por tí no excitó nunca mi envidia; como huérfana, tenías más derecho que nosotras á su ternura. ¡Cómo debes sufrir, querida Magdalena! Madre Ambrosia te quería por lo presente y por lo porvenir. ¡Si al menos estuviéramos juntas!

Mi madre ha escrito á la señora de Bord para pedirle que te deje venir con nosotros algunos días antes de nuestra ida á España. Nuestra vuelta es muy problemática, y me sería muy sensible el irme sin abrazarte. Mi madre espera una respuesta favorable, y yo rezo para conseguirlo.

La Madre Ambrosia era tan santa, que el Cielo la reclamaba; se había ofrecido en holocausto por sus hermanas; Dios se lo ha concedido. Ha aceptado su oblación. Pero ¡qué enfermedad! ¡Hiela de espanto los corazones más intrépidos! Nuestra venerada amiga ha dejado un gran vacío en Nuestra Señora, y sus hermanas dicen que tres de ellas no bastan para reemplazarla.

Hasta muy pronto, querida Magdalena. Llega, llega; estoy impaciente por verte.

¡Pensar que tu precipitada marcha, que tanto nos ha afligido, debía ir en seguida de la dispersión del pensionado! ¡Si pudiéramos llevarte con nosotras! Esto lo deseáramos mucho; pero es imposible.

Te abrazo.»

«Magdalena á Valentina

No, querida Valentina; sería demasiada felicidad en esta inmensa desolación; ¡no te veré! La señora de Bord no me ha dicho nada aún de la carta de tu madre....

Lo que he sufrido desde hace ocho días, desde que la Madre Ambrosia está en el cielo, tú lo sabes mejor que yo. ¿Á quién pediré yo ahora que me aconseje, en nombre del Señor, y que me anime cuando desfallezca? La Madre Ambrosia había emprendido la vía de los perfectos, y mejor que nadie tenía compasión de mi debilidad. Pero ¡qué hermosa debe ser su corona! Había escrito en su celda: «El gozo de morir sin pena, vale la pena de vivir sin placer;» pero ella me confió que sus goces religiosos habían compensado sus dolores. ¡Ojalá tuviera yo una vocación semejante! No encontraría ningún obstáculo....

¡Buena Madre Ambrosia, ¡cuánto os he llorado! Me he atrevido á pedir á la señora de Bord el permiso de ir á verte, y me ha respondido con frialdad: «Olvida ese proyecto insensato en que no puedo consentir.»

El sudor me cubría la frente cada vez que llegaba el cartero ó que me encontraba en presencia de mi madrastra. He rechazado la idea de huir con Teresa...

Cuando procuro interesar á mi padre en mi deseo, no me escucha; cuando abro la boca para pedirle cualesquier cosa, me interrumpe invariablemente: «Todo esto tiene que ver con ello Valeria, dirígete á ella.»

(Se continuará).

MISCELANEA.

EL ESCULTOR TORRIGIANO APLASTA LAS NARICES Á MIGUEL ÁNGEL.—El jardín que tenían los Médicis en su palacio de Florencia, fué convertido por Lorenzo el Magnífico en escuela, ó en una especie de academia, en la que se reunían los jóvenes artistas que se dedicaban al estudio de la pintura. Era uno de ellos el Torrigiano, de carácter díscolo y soberbio, y á quien frecuentemente atormentaba la envidia. Dedicábase particularmente á la escultura, aunque trabajaba muy bien en barro.

No pudiendo soportar el Torrigiano que nadie le aventajase en sus tareas, manchaba y echaba á perder las obras de los demás, con cuyo mérito no alcanzaba á competir su talento. Esto, como era natural, irritaba á sus compañeros, con los cuales trababa contiendas que frecuentemente terminaban á golpes. Profesaba el Torrigiano un odio particular á Miguel Ángel, no por otra razón, sino por verle tan estudiosamente atento al arte, y porque sabía que á escondidas pasaba las noches y los días festivos trabajando en su casa, por lo cual sobresalía en el jardín á todos los demás en sus adelantos, siendo por su aplicación

en extremo estimado por Lorenzo el Magnífico. Esto fué causa de que, aguijoneado el Torrigiano por la cruel envidia, procurase constantemente ofenderle, pasando de las palabras á vías de hecho. Así fué que, llegando un día entrambos á las manos, dió el Torrigiano á Miguel Ángel, tan fatalmente, un puñetazo en las narices, que se las aplastó en términos que no pudo curárselas, dejándole chato por todos los días de su vida. Tal fué la indignación que se apoderó del Magnífico al tener noticia de este suceso, que si el Torrigiano no hubiese puesto los pies en polvorosa, huyendo de Florencia despues de esta hazaña, habría recibido el severo castigo que por ella merecía.

LA FÁBULA EGIPCIA DEL LEON Y EL RATON, tomada de un manuscrito demótico (1).—Hallándose en su caverna el leon, entróle el sueño. Hallábase á su lado un raton, pequeñito, que no abultaba más que una nuez. Quiso el leon echarle la garra, y el raton le dijo:

—Oh tú, que eres más grande que yo y superior á mí; oh leon, si me comes, no te hartarás; y si me dejas escapar, ya no tendrás hambre de mí. Si ahora me concedes la libertad, yo te la daré en el momento que te espera. Si me salvas, lo harás para tu misma salvación, y te libraré de una desgracia en el funesto día que te espera, y que está muy próximo.

El leon empezó á reflexionar sobre lo que el raton le decía en su discurso, y su reflexion fué la siguiente:

—Si yo me lo como, indudablemente no quedará hartos.

Dejóle, pues, escapar. Algun tiempo despues un cazador perseguía al leon, que se había situado junto á una palmera, y había cavado una fosa para hacer caer en ella al leon, el cual cayó en el hoyo, y allí fué cogido. Hizo cuantos esfuerzos pudo para escapar, pero fué llevado junto á la palmera, sujetándole con ligaduras de cuero seco y de cuero fresco, y encontróse de esta suerte y lleno de tristeza frente al monte.

En esto llegó la noche. El majestuoso animal deseó ver cumplida su palabra (la del raton, se entiende), en contestación á la supuesta fuerza de que él, el leon, había hecho alarde.

Presentóse el ratoncillo ante él, y le habló así:

—¿No te acuerdas acaso ya de mí? Yo soy el ratoncillo al cual diste cierto día libertad. Vengo á cumplirte la promesa que entonces te hice, porque te libraré de tu desgracia, despues de tantos esfuerzos como has hecho (en vano).

Quien devuelve bien por bien, hace una buena acción. El raton aplicó sus dientes á las ligaduras del leon, y rompió con ellos las correas secas, é hizo pedazos las correas frescas que le sujetaban completamente. Hizo el raton salir al leon de sus ataduras, y despues ocultóse en su melena y escapó con él al monte.

LA SUSCEPTIBILIDAD.—La extremada susceptibili-

(1) Tomamos de una revista oriental, muy conocida, esta fábula, tanto más curiosa, cuanto que se remonta á una antigüedad que cuenta muchos más siglos que los que nos han transmitido los griegos. Su traducción es debida al sabio egipólogo Brugsch.

dad es muy grande y desdichada falta, y dificulta las relaciones sociales, emponzoñándolas. El que profesa cariño á una persona atacada de esta enfermedad moral, se ve continuamente poseído del temor de disgustarla, sin quererlo: no cabe el menor descuido.

La persona susceptible es desconfiada, recelosa, y vive llena de inquietudes: siempre se encuentra armada de punta en blanco y á la defensiva contra ataques imaginarios.

El que se halle unido á ella por muy estrechos lazos, puede concluir por hartiarse de sus injustas sospechas, y de la tirantez de ánimo á que condena á los corazones más benévolos que la rodean.

Lo más triste es que la susceptibilidad casi nunca se cura, porque el que se encuentra poseído de ella, se hace la ilusión de que obra de este modo á impulsos de la delicadeza y el honor, cuando en su fondo sólo se encuentra, las más de las veces, una de las formas de dos vicios, reunidos en un mismo carácter: la vanidad y el egoísmo.

MEISTER.

REMEDIO MORAL CONTRA LAS ENFERMEDADES.—Hufeland dice que uno de los medios curativos más importantes consiste en el imperio que un enfermo ejerce sobre su espíritu; y con este motivo establece una distinción entre la enfermedad misma, y el convencimiento que uno tiene de hallarse enfermo, convencimiento que considera como más penoso, pero del cual podemos librarnos, obligando á nuestra imaginación á que se fije en otras ideas. Kant es de la misma opinión, y cree que la manera de dejar los pensamientos penosos es ocuparse en ideas nobles y hermosas. Durante su juventud experimentó ataques de hipocondría, acompañados de aborrecimiento á la vida; pero llegó á dominar estos sentimientos y estas ideas. Hasta llegó á creer que por la sola fuerza de su espíritu consiguió curarse de los ataques de gota y de los calambres que sufría. Hufeland observa además que el pobre jornalero se halla menos expuesto á gran número de pequeñas enfermedades, por faltarle el tiempo para estar enfermo. Otra reflexion hace este sabio, más digna de tenerse en cuenta; la de que durante las epidemias, la incesante observación libra, en gran parte, á los médicos de los ataques de las enfermedades contagiosas. Contra las enfermedades morales, sobre todo, el mejor remedio está en la enseñanza cristiana.

SOBRE LOS CAMBIOS DE PROFESION Ú OFICIO.—No puede ser feliz el que no se encuentra á gusto en la profesion ú oficio que ejerce; pero es preciso sondear bien las causas, porque si el aborrecer consiste tan solo por encontrarse en ella dificultades, y porque ocasiona mucho trabajo, en este caso se correría gran peligro de decir otro tanto de cualquiera otra profesion. No hay ninguna que no ocasione fatigas antes de aprenderla. El carácter frívolo y falto de energía nunca se ve satisfecho.

Si los motivos que existen para ello son serios, y en efecto, si á causa de ciertas enfermedades físicas no se está en aptitud de seguir la profesion emprendida, á juicio de las personas más prudentes, es posible que en este caso sea conveniente tomar otro rumbo.

Algun otro motivo para emprender otra carrera

puede nacer de circunstancias exteriores; por ejemplo, cuando hay concursos tan formidables, que no podría racionalmente luchar contra ellos.

Pero la regla general consiste en no renunciar fácilmente á la carrera ú oficio que se ha emprendido, y cuyo aprendizaje ha costado mucho tiempo, ó que naturalmente se le ha ofrecido á uno. Si no os agrada, es preciso que os esforcéis con serio empeño para que os agrade. ¿De qué manera? Procurando sobresalir más y más en ella; y si es posible, perfeccionándola. No hay profesion en la que esto no sea posible, y en la que por este medio no se consiga interesarse en ella. ¿No es este el sistema que debe emplearse también respecto de las personas que á uno no le inspiren simpatía? Hacedles un favor, hacedles bien, y vereis cómo se debilita este mal sentimiento, y acaba por desaparecer. ¡Es tan bueno amar! Y, excepto los vicios, ¡es tan dulce el no odiar nada!

LA DEFERENCIA.—La deferencia supone una opinión modesta de uno mismo, consideración respecto de las ideas y sentimientos de los demás, y, por consiguiente, entre otras estimables virtudes, bondad, dulzura y fuerza para dominarnos.

Encontrárase más frecuentemente la cualidad de la deferencia en los jóvenes, si éstos supiesen apreciar bastante los atractivos de este elemento de paz en la vida social, y si en cambio, juzgasen desapasionadamente cuánto tienen de repugnante y vulgar las maneras irrespetuosas, que revelan vanidad y egoísmo.

El hombre animado de un verdadero espíritu de deferencia tiene un trato comunmente agradable, tanto en su casa como fuera de ella, y no desciende nunca á una familiaridad que mortifica á sus inferiores. Nunca murmura, y habla con consideración aún de aquellas personas que no obtienen sus simpatías. Si alguno de sus parientes tiene faltas ó rarezas, no las expone á las burlas y al desprecio de los demás, porque á todos respeta. Reconoce fácilmente que hay personas cuya opinión es tan ilustrada como la suya, y autoridades ante las cuales es justo inclinarse. Nunca se le vé manifestar su opinión, cualquiera que sea, con tono demasiado decisivo y absoluto, en presencia de las personas que alimentan ideas contrarias á las suyas.

Goethe decía: «Hay una cualidad que ningun niño tiene al nacer, por más que depende de ella el que se haga hombre bajo todos aspectos: la deferencia.»

Esto nadie lo enseña tan perfectamente como el Evangelio y las vidas de los Santos.

ERRATA.

En la primera parte del artículo sobre la «Iglesia de San Agustín de Manila», de que no vió pruebas el autor, se deslizó la siguiente errata: Página 39, columna 1.ª, línea 39, dice «Lingayen», debe decir «Balayan». Lingayen está casi al Norte de Luzon, y Balayan, que es el golfo ó seno que exploraban los enviados de Legaspi, está al Sur de la isla.

Madrid, 1880.—Imprenta Hispano-Filipina, Plaza del Bombo, núm. 4.

SECCION DE ANUNCIOS.

SUMA FILOSÓFICA DEL SIGLO XIX

Ó SEA

DEFENSA DEL CATOLICISMO CONTRA SUS MODERNOS ADVERSARIOS.

Colección de documentos demostrativos de la doctrina de la Iglesia en el orden dogmático sobrenatural, filosófico, científico, político y social, formada

POR

NARCISO JOSÉ DE PEÑALVER Y PEÑALVER, CONDE DE PEÑALVER.

El prospecto de la *Suma filosófica del siglo XIX*, merece llamar la atención del público cristiano.

El primer tomo de esta obra consta de 598 páginas de impresión á dos columnas, de letra compacta, pero de buena lectura, y comprende el material de seis tomos de tamaño ordinario; su precio: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo 2.º (1.ª parte) consta de 1.644 páginas, también á dos columnas, y comprende el material de 18 tomos: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo 2.º (2.ª parte) consta de 1.700 páginas: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo intitulado *O'Connell, El Antecristo y la revelación de San Juan*, consta de 1.240 páginas, y comprende el material de 12 tomos: en rústica (total de la obra 95 tomos), 28 rs.; en pasta, 36.

Remitido cada tomo por el correo, franco de porte (sin certificar), se añadirán al precio en rústica 2 rs. y 3 en pasta.

Recibiendo los valores en libranzas sobre el Tesoro ó en letra, se remitirán los tomos al punto que se designe.

Importa mucho indicar la provincia á que el punto designado corresponda. Los pedidos se dirigirán á los Sres. Pons y Comp.ª, Librería Católica, calle de Archs, 8, Barcelona.

El producto de la venta de estos volúmenes se dedica íntegro al Dinero de San Pedro.

PUNTOS DE DESPACHO:

Barcelona: Jaime Oliver, Mendizábal, 14; Pons y Compañía, Archs, 8; Sucesor de la Viuda de Plá, calle de la Princesa; Viuda é hijos de Subirana, calle de la Puertaferriera; D. Carlos Vives, plaza de Santa Ana; D. Eudaldo Puig, Plaza Nueva.

Madrid: D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, 6; Viuda é hijo de D. Eusebio Aguado, Poncejos, 8; Sres. Perdiguer y Comp.ª, San Martín, 3, junto á la del Arenal, y en las demás librerías principales del Reino.

GRABADOS.

Se venden y alquilan los de LA ILUSTRACION CATOLICA á precios convencionales. Los que los soliciten pueden dirigirse á la Administración de la Revista, Estrella, 7, segundo. Madrid.